

# HENRY DAVID THOREAU

El pueblecito de Concord, unos veinte kilómetros al norte de Boston, es todavía hoy uno de los más lindos y apacibles de la Nueva Inglaterra. Hace ciento cincuenta años (en los días de nuestra batalla de Chacabuco) nació en él Henry David Thoreau, el mismo que prefirió toda su vida llamarse como se firmó en sus obras, seguramente por eufonía o capricho de hombre original. Concord sigue siendo una anomalía viviente en aquella región de usinas y fábricas, manchada por el humo de las chimeneas y el zumbido de abejas irritadas de automóviles y camiones de carga pesada. Allí en la aldea de Concord, en cambio, se respira quietud y silencio, a la sombra de sus arboledas que se reflejan en el espejo de agua de sus lagunas. Su aislamiento del tráfico moderno es tal que hoy mismo es verdad lo que notaba un visitante de aquellos tiempos: si una chueca con sus polluelos atraviesa allá al extremo del camino que va en dirección a la poza de Walden, todo el vecindario se asomará a la puerta a tomar nota del suceso.

Thoreau se mantiene hasta hoy como el pensador más durable que ha producido la nación norteamericana, aun por encima de su coetáneo y vecino Ralph Waldo Emerson, de quien comenzara por ser una especie de protegido y allegado casero. Henry, como se dejaba llamar solamente por sus íntimos, fue uno de esos ejemplares raros en el mundo: un escritor que regló su vida por sus convicciones y tuvo suficiente entereza moral para encararse con sus contemporáneos y cantarles las verdades del barquero. Su obra capital, "Walden", es un *Diario de Vida* tan memorable por el vigor de su estilo como por la audacia revolucionaria de las ideas que contiene, y el fascículo que la completa, "Desobediencia Civil", es acaso el reto más elocuente que se haya lanzado jamás contra la opresión por las clases gobernantes.

Si uno se atreve a ser completamente sincero, ha de interponer la salvidad que surge en el fondo de la conciencia cada vez que se lee o relea a Thoreau: Muy bien, Henry; pero si le volvemos la espalda al mundo, no hay forma de vida social posible, ni *Estado en forma* (como diría más tarde Spengler) ni socialismo y apenas una especie de anarquía ilustrada, o la vuelta a Robinson Crusoe. Porque Thoreau era tan celoso e intransigente en cuanto a la libertad individual, que llega a la conclusión inescapable de que el mejor gobierno es no sólo el que gobierna menos, como quería el demócrata Jefferson, sino el que renuncia por entero a interferir la libertad de los ciudadanos.

Pero vamos por partes. Thoreau no es tan loco que no advierta —igual que lo haría otro pensador de su fibra, Nietzsche— que no pretende dictarle un código de conducta a los demás, sino que está trazando el plan de vida mejor para él mismo, que en cuanto a los demás, se limita a sugerirles que hagan otro tanto, es decir que se guíen por los dictados de su propia naturaleza. En eso procedía Thoreau como el solitario del castillejo de Eyquem, Sieur de Montaigne, para quien su propio yo contenía tantos problemas privados que renunciaba a entrometerse con los enredos de otros. Tampoco vale suponer a Thoreau un puerco-espín de esos que engrifan sus cerdas en presencia del prójimo; al contrario, nos advierte que precisamente por saberse demasiado propenso al palique con los vecinos de Concord y harto consciente del peligro de caer en la charla banal y el aburrimento, una vez que llegamos a aprendernos de memoria el caudal de nociones y manías de nuestros compañeros de tertulia, no queda sino apartarse por un tiempo a fin de renovar nuestros puntos de vista y desechar el bagaje de "ideas recibidas" que forman la costra de la personalidad individual.

## UNA VISITA A THOREAU EN WALDEN

Por años y años me guardé el deseo de ir en peregrinación a Walden, mientras viví en Estados Unidos. Varias veces llegué hasta Boston y otra vez estuve enseñando y aprendiendo de otros en Bowdoin College, Brunswick, Maine; pero sólo a fines de 1963 pude alcanzar a Concord una tarde de Otoño, entre dos luces. Desde el tren pesqué al vuelo la imagen instantánea de la laguna de Walden por entre el follaje amarillento de los pinos, y cuando seguí de la estación por una calle empinada que resguardaban los álamos centenarios, tuve la sensación de

hallarme en la mismísima Concord que fuera la Patria Chica de ese linaje de gigantes del espíritu y el intelecto que sus contemporáneos llamaron los "brahmanes" o iluminados de la Nueva Inglaterra. Porque el pueblecito de Concord repitió el prodigio de albergar en breve espacio y lejos del tumulto urbano a una comunidad de hombres y mujeres que sirvieron de guías a la Humanidad de su época y de los tiempos por venir, tal como había ocurrido mucho antes en el Jardín de Academo en Atica, en Port-Royal, en las afueras de París, y en la pequeña corte de Weimar.

Un vecino con el exótico apellido de Erikson, tal vez un remoto epigono del primer visitante europeo del Nuevo Mundo, me paseó por el Ejido (Commons) de Concord, y torciendo a la derecha, pasamos frente a la sencilla fachada clásica de la morada de Emerson, para seguir derecho hasta el claro del arbolado, al pie de una loma, donde queda Walden Pond (la Poza de Walden) tan serena, tan limpia y tan bella como cuando Henry Thoreau la surcaba en su esquife, allá por 1845. Un poco más al sur nos detuvimos en casa de un vecino del lugar, que ha hecho un culto de preservar las reliquias históricas de Concord, llevando su generoso empeño hasta reconstruir en todos sus detalles la cabaña en que vivió Thoreau dos años completos de su vida, y que desapareció en su forma original bajo la lima del tiempo o las depredaciones de los turistas a la caza de keepsakes.

No importa. La cabaña no nos permite tomarla en serio por ser demasiado flamante, pero ahí están los libros que Thoreau escribió y que otros publicaron después de su muerte. Con esto nos basta para hacer revivir al hombre y al pensador cada vez que sentimos el deseo de aproximarnos a la porción inmortal de él que nos queda en el mundo. Leerlo es suficiente para sentirlo hablar, pues, como tantas veces se ha dicho, un gran escritor, como el vino de calidad, gana en bouquet con los años, mientras que los otros se avinagran sin remedio, o pierden todo sabor. Un maestro de verdad parece que no tuviera estilo, porque dejó atrás los modismos que otros acuñaron para atraer al vulgo. Thoreau, que leía el griego y el latín aprendidos en Harvard, se expresa igual que cuando discutía con Emerson o con los labradores de los contornos, disparando de sus labios sentencias tan intencionadas y certeras, que todavía hoy parecen seguir vibrando al clavarse en el blanco:

*Cada hombre se afana a lo largo de su vida en amontonar cosas de su propiedad, tierras, una casa, bodegas, muebles, y va con todo eso a cuestras, de forma que sus bienes concluyen por tomar posesión de él y ya no será nunca un hombre libre. Una vez quise probarme si era capaz de producir algo con mis manos y llegué a fabricar un lápiz tan perfecto y durable que ya no vi la necesidad de seguir haciéndolos. Otra vez salí a ver una propiedad junto a la Laguna Blanca, examiné la casa, recorrí los sembrados y hasta probé las fresas silvestres, y con esto renuncié a comprarla, pues me di cuenta de que había agotado la satisfacción de sentirme propietario y se la devolví a su dueño, dejándole encima los cuidados de explotarla. Hay gentes que vienen a Walden a preguntarme si no temo vivir solo fuera del pueblo, y si no echo de menos a mis vecinos. ¿Por qué había de sentirme solo? ¿No está nuestro mundo en medio de la Via Láctea?*

## PARADOJAS DE UN ECONOMISTA

Con eso hemos acumulado antecedentes de sobra para entrar en materia y presentar el bulto de las ideas de Thoreau ante un mundo que se aleja cada día más de sus sanos principios de economía doméstica. Thoreau había pasado dos veranos y dos inviernos al borde de la laguna de Walden, en un paño de tierra y bosque pertenecientes a Emerson. Thoreau probablemente habría vivido de buena gana en un claro del bosque, a la manera de los indios que vi en Bangor, Maine, guareciéndose en sus wigwams contra el duro clima boreal. Prudente a su modo, prefirió comprarle a un colono irlandés una cabaña de tablas, desarmarla y llevar los materiales a hombro hasta las vecindades de Concord, y con sus propias manos erigir una casita de una pieza, con sótano para sus provisiones y semillas, un ventanuco y chimenea que le serviría para aislarse y calentarse durante los ocho meses de in-

vierno y preparar su frugal alimento de fréjoles y mela-za. Sus legumbres las sembraba y cultivaba él mismo; la lumbre para sus necesidades caseras iba a cortarla al bosquecillo detrás de su habitación, y con esto cumplía un doble objetivo, según nos deja ver, pues el trozar la leña le permitía almacenar combustible al par que le calentaba el cuerpo con el ejercicio. Para lograrlo a poca costa pidió prestada un hacha a un vecino, y tiene buen cuidado de advertir que la devolvió más afilada que antes, por vía de compensación.

Thoreau no se dejó tentar por el Gran Estilo de un Milton, pero acertó con esta reflexión que bordea lo sublime: "Un par de pantalones no se ajusta a las formas de su dueño antes de unos diez años de uso".

Más que un filósofo, fue un moralista a la manera de Confucio o de Sócrates. Le preocupaba sobre todo su propio perfeccionamiento físico y moral. Sin detenerse a considerar el destino de la sociedad humana como un todo, la vida política de la comunidad o el progreso de la especie, se atuvo siempre a los problemas de la conducta individual. En eso seguía a los místicos, que se mostraron despreocupados de la política de la Iglesia para concentrarse en su propio perfeccionamiento, en su identificación con Dios. Thoreau estaba más cerca de los poetas-filósofos de la India, o de Baruch Spinoza, el sereno y firme heresiarca de Amsterdam, juzgando acaso que la consideración de la vida futura o los misterios de la teogonía sobrepasaban con mucho las facultades del ser humano, y que era más sensato limitarse a reglar la vida personal, sin entrometerse a dictar reglas de conducta a los demás. En la vida práctica siguió en efecto los dictados del socialismo, en cuanto creyó que cada individuo debía levantar su propio peso; pero seguramente un socialismo beato como el de los democristianos lo habría condenado en términos nada ambiguos como una forma de oportunismo o de hipocresía *di quelli che in pubblico raccomandano l'acqua e in seggreto bevono vino*.

## RECAPITULACION DE LAS IDEAS DE THOREAU

No sería ocioso calificar a "Walden" de "utopía al revés". Stevenson condenó las teorías del Robinson de Walden como mezquinas, triviales y egoístas, y antes de envejecer ya había dado media vuelta y cantado la palinodia. No hay duda, Thoreau releído, como Cervantes, gana en profundidad, si no por otra cosa, por la magia y lo persuasivo de su estilo. Pero más aun por el arrastre del ejemplo. Más consecuente que Tolstoy, mientras se recogió a Walden vivió como un tolstoyano *avant la lettre*. Tolstoy y Gandhi reconocieron su influjo en la táctica eficaz de la no cooperación con el mal. Con una sutil malicia política, se hizo prender por un alguacil antes que reconocer el derecho del Estado a imponerle el pago de un dólar como impuesto de capitación. Su argumento fue que al contribuir al sostenimiento de un gobierno que condonaba la inhumana institución de la esclavitud, se convertiría en cómplice de un crimen de lesa humanidad. Gandhi, menos consistente o más astuto como político, transó con el gobierno inglés para ayudar a destruir a las legiones de Hitler y Mussolini, a su juicio dos plagas peores que los imperialistas británicos.

Thoreau se anticipó a Marx en reconocer que el motivo económico prima sobre otras consideraciones de orden político o social. Lo primero es poner su casa en orden, esto es regular nuestra propia vida, renunciando a comodidades facticias y lujos extravagantes. Las mejores cosas de la existencia son las que nada cuestan: vivir en estrecha relación con la naturaleza, vivir al aire libre una vida activa y útil para nuestro propio perfeccionamiento moral y nuestro bienestar físico. La residencia en las grandes aglomeraciones urbanas es un infierno del que uno debe escapar, cuanto más pronto, mejor. Fuera de una excursión por los Estados centrales hasta el Mississippi, y otra a Nueva York y Staten Island para conversar con su camarada Walt Whitman, el asceta de Walden no se dejó tentar por Europa como Emerson ni siquiera por el Oriente, que ya conocía por los Upanish y otros escritos de los sabios de la India. Y una de las amargas ironías de la vida consiste en que este adorador de los grandes espacios y de la vida natural, sucumbiera a los 45 años al mal de la tisis.

## (DE LA VUELTA)

de un tipo conflictivo de escritor —el author— que traspondrá, preferentemente, en la forma novelesca el conflicto de su existencia cotidiana. Sucesor de *lettré*, heredará de éste la pericia o el gusto de las *Belles Lettres*,

pero, liberado a su suerte, escindido de su clase, se rebelará, a diferencia de su antecesor, contra la estructura social existente, enfrentando la soledad, la miseria o la incompreensión. Su vida será, usualmente, una búsqueda degradada de va-

lores auténticos en un mundo, asimismo, degradado. Este peripecia corresponde, justamente, a la descripción que, desde Lukacs hasta Goldmann, han formulado de la forma novelesca.

La historia, sin embargo, a la que el author ha inte-

rrogado reiteradamente, ha terminado, a su vez, interrogándolo en su última conciencia. Unos, como Flaubert, se han limitado a responder *Je suis un aristocrate*, sabiendo, de antemano, que la sociedad aristocrática había desaparecido.

Otros, como Sartre, se han lanzado a las barricadas de la revolución sabiendo, de antemano, que los Enjolas del siglo XX no sólo han caído acribillados por los gendarmes del orden, sino, asimismo, por los comisarios del pueblo.



Esbozando las razones para emprender, hace 9 años, una sociología de la literatura, Robert Escarpit recordaba que el actual concepto de literatura sólo data de las postrimerías del siglo XVIII. Antes del siglo XVIII —decía Escarpit— no se hacía literatura, sino que, simplemente, ésta era una **tenencia** privativa de **lettrés**. Estos "letrados" constituían, dentro de la sociedad total, una especie de sociedad interior que, sin corresponder a ninguna clase determinada, era, sin embargo, solidaria de la estructura social existente.

Quizá convenga detenerse en este hecho.

Resulta, en verdad, algo insólito que Escarpit establezca como símbolo de la aparición histórica de l'homme de lettres la célebre carta que, en febrero de 1755, le envió Samuel Johnson a Lord Chesterfield, pero, al mismo tiempo, no establezca la actitud ambivalente de la aristocracia inglesa del XVIII frente a la llamada aristocratie des lettrés. La ambivalencia de esta actitud es la que, de uno u otro modo, viene a ser denunciada en la carta del quisquilloso autor del Dictionary of English Language.

Han pasado siete años —decía Johnson a Lord Chesterfield— desde que hice antesala en su casa y desde que fui puesto en la calle. Durante este tiempo he proseguido mi trabajo, pasando dificultades de las que resulta inútil quejarse, y he llegado, por fin, a la víspera de su publicación sin un acto de asistencia, ni una palabra de aliento, ni una favorable sonrisa.

Esta carta, en la que Carlyle presintió al hombre de letras como a un nuevo héroe, no se entiende, sin embargo, cuando se la sustrae de su contexto inmediato. Su destinatario, Lord Chesterfield, era, desde luego, una de las figuras más finas, cultas e inteligentes del siglo XVIII. Hace unos años, en el estudio que le dedicó a la sociología de la formación del gusto literario, Levin L. Schückin lo consideraba lo más granado de la cultura aristocrática dieciochesca. Samuel Johnson, por su parte, no era, ni mucho menos, un escritor empeñado en hacer saltar, de un modo u otro, la estructura social existente.

#### (DEL FRENTE)

la guerra se han tornado en un crepitar de hombres incendiados. Pero ¿es que nos hemos hecho acaso tan ancianos y conservadores que las protestas nos parecen mal?

La idea de la libertad prefirió continentes enteros en el pasado siglo y los bosques también ardieron por los cuatro costados. ¡Ay!, Fidel Castro, ¿por qué no te vemos entonces de Simón Bolívar? ¿Podría ser, después de todo, que nos hayamos puesto reaccionarios? Porque al fin y al cabo nuestros indios, al independizarse de España los mestizos, no fue mucha la libertad que conocieron; sin embargo juzgamos grandiosas las epopeyas de la independencia y más todavía las juzgan así los comunistas desde que se han vuelto tan patriotas. ¿Por qué entonces pedirle a Fidel Castro lo que tampoco fue aporte de Bolívar? ¿Es por ánimo de conservar la criminal sociedad en que

Basta, por lo pronto, recordar su violenta condenación de Jean-Jacques Rousseau para percatarse hasta dónde era solidario de aquélla.

Lo creo —decía— de los peores nombres: un bribón que debiera ser arrojado de la sociedad (...) Me gustaría tenerlo trabajando en las colonias...

En realidad, hasta 1750, ningún miembro de la aristocracia inglesa hubiese visto con buenos ojos ser identificado socialmente como author, pero, al mismo tiempo, difícilmente hubiese dejado de proteger la labor des lettrés, garantizando, parcial o totalmente, su sustento e interesándose en sus creaciones. Levin L. Schücking perfiló, con numerosos ejemplos, esta actitud ambivalente de los aristócratas ingleses.

Es extraordinariamente significativo —refería el investigador alemán— que Lady Bradshaugh, aristócrata amiga del más renombrado novelista inglés del siglo XVIII, Samuel Richardson, se avergonzada ante los demás aristócratas de Lancashire por mantener correspondencia con un author, a tal grado que ocultó ese hecho lo más que pudo. Cuando Richardson le envió su retrato, ella transformó su firma en Dickenson, para que la cosa no saliera a la luz.

Esta actitud prevalecerá, con algunas variantes "nacionales" o regionales, en toda la sociedad europea hasta las postrimerías del siglo XVIII, e incluso hasta cuando la figura del author estaba completamente configurada socialmente. Basta leer la correspondencia de Baudelaire con su madre para percibir la resistencia de ésta ante la decisión de su hijo de voler de ses propres ailes et etre auteur. Esta frase, entresacada de la confesión que, un año después de la muerte del poeta, hizo Mme. Aupick a Charles Asselineau, explica no sólo las reiteradas quejas de su hijo, sino, asimismo, el ácido humor del poema Bénédiction con que,

## Cuestiones Disputadas

# LETRADOS, AUTORES Y ESCRIBIENTES

por MARTIN CERDA

luego de los versos al lector, se abre Les Fleurs du Mal:

Lorsque, par un décret des  
(puissances supremes,  
Le Poete apparait en ce  
(monde ennuyé,  
Sa Mere épouvantée et plei-  
(ne de blasphemes  
Crispe ses poigs vers Dieu,  
(qui la prend en pitié (...)

Sería un error tratar de explicar esta resistencia de Mme. Aupick por un "defecto" personal. Su resistencia era, en verdad, la resistencia de la sociedad francesa al escritor ya configurado socialmente. La sociedad burguesa secretará, a lo largo del siglo XIX, dos figuras que, siendo sus criaturas, son, al mismo tiempo, su negación: el proletario y el escritor. No es extraño que, en algunos momentos críticos, se haya establecido entre ambos un pacto tácito o explícito en contra del sistema.

La imagen obsesiva de la soledad que, de un modo u otro, establece la literatura del siglo XIX está traduciendo esa otra soledad, más profunda e insalvable, en que, dentro de la sociedad total, se debate el escritor. Esa soledad que, desde sus primeros escritos, ilustra la obra de Flaubert.

Je fus au college des l'age de dix ans —escribía en sus Mémoires d'un fou— et j'y contractai de bonne heure une profonde aversion pour les hommes. Cette société d'enfants est aussi cruelle pour ses victimes que l'autre petite société, celle des hommes...

Casi cien años después de la denuncia del Dr. Johnson, cuando la sociedad aristocrática ha dado lugar en Francia a la sociedad burguesa, su queja se ha convertido en un acto social de violencia variable e intermitente. Lucien Goldman, en sus más recientes escritos sobre sociología de la novela, ha venido insistiendo en la posibilidad de una homología entre la forma novelesca y la estructura de la sociedad burguesa individualista. La forma

novelesca —dice Goldman— nos parece en efecto la trasposición sobre el plano literario de la vida cotidiana en la sociedad individualista nacida de la producción para el mercado.

Esta afirmación de Goldman no es, sin embargo, un dogma.

Como toda determinación de un fenómeno cultural es sólo una hipótesis de trabajo que permite ir estableciendo un campo de relaciones inteligibles. La misma constitución de la crítica, inicialmente desde la literatura, es un fenómeno inmerso dentro del proceso histórico-social de la sociedad individualista. El crítico deja de ser, desde 1750, un glosador de textos para convertirse, a lo largo del siglo XIX, en un funcionario de la negatividad. El simple courtier —el honesto "corredor" de noticias bibliográficas— se ha convertido en un desmistificador implacable e irreverente.

Este hecho, sumaria e insuficientemente esbozado, puede ser comprobado en el espacio de cada literatura.

Sin embargo, este esbozo de cuestión estaría incompleto si eludiéramos el hecho que, junto con constituirse la figura social del author como individuo problemático en el seno de la sociedad total, la literatura se ha ido, al mismo tiempo, institucionalizando socialmente, pudiendo, de este modo, ser servida indistintamente por el escritor y por el escribiente.

Este hecho no ha sido, en mi conocimiento, suficientemente examinado.

Si la literatura ha sido, por lo menos desde Flaubert, un esfuerzo consciente por autolegitimarse socialmente mediante una serie de negaciones, la labor parasitaria de los escribientes ha sido, justamente, un esfuerzo de sentido inverso. Se puede, en efecto, discutir largamente, como lo está haciendo J. P. Sartre, sobre las "elecciones" implícitas o explícitas de Flaubert, reexaminar los textos de Valéry, las autocríticas reite-

radas de Lukacs, los compromisos de Drieu, Malraux o Aragón, las posiciones de Ehrenburg o de Pasternak.

Ninguno de estos autores, ni siquiera el más confiado de ellos, hubiese podido fiar su obra, como Stendhal, a la posteridad, porque ésta, de un modo u otro, se le había vuelto problemática e incierta. El calor de la polémica del día y la "separación" radical que, durante casi treinta años, medió con los escritores soviéticos no crearon, justamente, el clima más adecuado para comprender sus actos. Es probable que, en un futuro no lejano, pueda reconstituirse públicamente el horizonte histórico concreto, el sistema de expectativas e incertidumbres, en que debieron decidir sus destinos los escritores rusos. La sombra de Pasternak puede ser, tal vez, una promesa de explicación.

Stendhal o Dostoievski —decía Jean Duvignaud hace un tiempo— podían apelar al juicio del porvenir. En nuestros días el porvenir está encastrado en los laberintos de las conductas humanas, de los temas de comunicación, de las transmisiones simultáneas del pensamiento y del saber. Ser, para un escritor, es, desde ahora, comunicar con sus contemporáneos.

Es aquí, en este punto crucial, donde están operando, en nuestros días, los escribientes de una u otra estructura de poder. Ellos son los chiens de garde que, bloqueando la comunicación de los escritores con sus contemporáneos, se constituyen en los silenciadores de la literatura, del pensamiento o de la crítica, para reproducir, en el silencio de aquellos, el dictado monótono, reiterado e implacable de las jefaturas. En esta situación, de más en más planetaria, el exilio interior de un Pasternak corresponde, de un modo u otro, al exilio interior de un Musil, como corresponde, en último término, el suicidio de un René Crevel, de una Virginia Woolf o de un Cesare Pavese al suicidio de un Malakovski, de un Essenin o de un Fadeiev.

Hace doscientos años, hacia 1750, se inició, dentro del proceso de la sociedad total, la formación histórica

(PASA A LA VUELTA)

vivimos? No, mil veces no: es justamente porque si Bolívar y el eco libertario de la revolución burguesa no fue integral, es decir no metió de una vez a los pobres del mundo adentro del programa, hoy queríamos tanto que así fuera, pero ¿cómo podría serlo si de partida lleva en las manos métodos tan eficientes de coerción? Y a qué insistir si jamás podremos lamentarnos con más derecho y sabiduría que Rosa Luxemburgo. ¿Nos darán los años la triste oportunidad de presenciar el robo del siglo ya totalmente consumado? ¿O aparecerá el caballero amalgamado a sacudir las columnas diciendo "Muera Sansón" y todo lo demás? Si las aguas del Sena o del Mapocho siguen su curso, ¿surgerà distinta vida en otro río, como dicen los comunistas antes de triunfar y antes de que el triunfo los lleve a detenerlas? ¿O correrán sólo esas del Leteo fascinándonos a beberlas en busca del olvido?

Porque al ser o no ser se agrega la alternativa de olvidar o recordar. ¿El olvido? ¿El recuerdo? No nos arroguemos poder determinante en la elección; sólo sabemos que si olvidamos ciertos deseos, ciertas vislumbres o esperanzas, quizá nada más que ciertos restos de lo que pretendió ser, ese día estaremos muertos para siempre; muertos aunque vayamos a de tropezones por las calles.

El precio pagado por el hecho de vivir, si no derrumba, hace nacer una fuerza extraña de conservación. Casi de compensación o premio por el buen trabajo realizado. Es de reír, pero no nos queda mucho más. Ah sí, la preocupación de que las piedras con que nos vayamos sepultando no interrumpan el paso de otros caminantes; que si en ellas se apoyan no las cuentren demasiado frías.

FIN



"Me voy lejos, a otro continente", le conté en el Louvre al "Caballero del guante" en mi última visita. Esta noticia no le interesaba mayormente a nadie y él estaba entre mis telas predilectas dispersas en uno y otro museo. ¿Sería mi relación con esta figura un tanto ambigua como esa de los varones con la Gioconda cuando la mujer era gran tema en la imaginación del hombre?

Dicen que en general el moribundo muere en paz consigo mismo, fiel a su temperamento. ¿Y si éste ha sido de inconformidad, sin compostura? Aunque no creía que de tal arcilla fuera el mío, mi desacuerdo con los hechos aumentaba y a pesar de no estar tampoco en trance final tendía a hacer el balance que precede a los grandes viajes; ésos que en una u otra forma nos anticipan sensaciones del definitivo.

Pensaba al partir que cualquier instante, cualquier conjunción de hechos y subjetivaciones tiene a menudo copia fallada a lo largo del tiempo. Transportada de nuevo a esa casa de Nueva York en que vivía junto al Elevado, si no lo hubieran suprimido, su ruido no me podría estremecer ni darme el paso de sus carros, aún semi dormida, esa sensación extraña de prolongación en la ciudad, mezclándose al montaje de sus máquinas y al batidero de sus rascacielos, a todo eso que estaba junto a mí y me era al mismo tiempo ajeno, que me sacudía como un pájaro cautivo en las manos de la poderosa; en mi aventura dentro de su territorio podría triturarme, difícilmente darme su fuerza por contacto. Al correr de nuevo el tren por la avenida sería ahora un ruido molesto más; y nada más. Al paso de la vida se nos desprenden las ciudades, los sitios, la gente; sus marcas se nos caen como piel reseca, como escamas.

Sin dictado consciente de literatura quise despedirme una vez más del Sena y de sus puentes. Se habían quedado en mis ojos desde que los viera por primera vez; cuando mi ser joven buscaba exaltadamente los motivos de vivir mientras más se me escapaban. Recordaba la figura de una jovencita en una estela funeraria de la antigua Grecia. La envolvía esa quietud inmensa de lo inapalable. El cuerpo de pie se despedía de sus familiares en un adiós tan lleno de gracia melancólica como monumental era la evocación de aquel otro a Cecilia Metella en la Vía Appia. En uno y otro caso una criatura se iba a la otra orilla. Que mi recuerdo no quedara grabado en piedra me era absolutamente igual y que se borrara del corazón de aquellos que estuvieron en el mío eso lo sabía, pues del que no lo separa a uno la muerte lo separa la vida.

Mi historia personal, aunque alguna vez diera un gemido, se despegaba por sí misma, con naturalidad, ante mis ojos. Me desdoblaba observando su desprendimiento y la permanencia de un implacable ser dentro de mí ya muy poco querido y hasta extraño.

Pero yo, quienquiera hubiera sido, fuera o llegara a ser, cualquiera interpretación o aspecto que me configurara, representaba sólo una materia que animada por la vida hizo de sus afares el centro universal, porque así le ocurre más o menos a todos los de dos pies, sin que sus penas o alegrías alcancen por ello la más mínima importancia. Ahora, que ninguna otra pudiera llegar hasta París la capital del mundo de la ilusión humana y que esa tal no arribara porque ni ella ni la ciudad existirían, como tampoco entraría ningún peregrino más por los caminos, que no se vieran ni pintores ni pescadores ni libreros a las orillas de este río, que sus aguas estuvieran envenenadas con sus peces muertos, sus viajeros en sus barcos muertos y muertos los pueblos verdes con hojas y pastos de la primavera (pueblos de los alrededores de nombres alegres a los que antes se dirigía la gente cuando ella y las cosas no eran cenizas) me causaba una sensación indefinible.

Este esperar el fin del mundo ya se había conocido. Estábamos de nuevo en ese alborar del cristianismo cuando se vivió esperándolo a fecha aproximada. Después por rutina, porque los bárbaros, porque la peste y porque todo conspiraba contra la existencia, la muerte tiraba el mantel de todos los banquetes. "Por el cauce de la Edad Media venía rondando como un inagotable lugar común... Resonaba a todas horas en los pulpitos, era repetido en prosa y verso en latín y en lengua vulgar; recibía forma casi dramática en las danzas de la muerte. Se comparaba sin cesar la vida humana con el sueño, con la sombra, con la flor que se marchita apenas nacida, con la fugitiva corriente de los ríos que van a morir en el Océano. Se hacía desfilar una interminable procesión de reyes, príncipes y emperadores, héroes y sabios..." Y todo para preguntarse finalmente: ¿Dónde está Salomón? ¿Dónde está Aristóteles? ¿Dónde está el rey Artús? Así se roía vida y gloria según los que han averiguado.

Pasados los siglos, cuando el Renacimiento y sus consecuencias parecían traer horas placenteras, se prenden las piras y los jesuitas, recelosos de la naciente y creciente importancia dada al hombre, conciben la vida espiritual, según otros letrados, como un esquema de realidad e imaginación inseparables en el cual la realidad son el pecado y la pasión del Redentor, pero, por ser ésta tan extraordinaria, el ser humano sólo puede apoderarse de ella por medio de la imaginación. En sus ejercicios espirituales, en su soledad, en su retiro, debe ante todo el religioso representarse el tormento eterno. Las llamas en la carne viva muerden, pero eso será sólo un instante; allá abajo el dolor no tendrá fin. Entre el Dios del perdón y el del castigo es este último más eficaz para el programa: una espada, una fe, una religión.

"Las goteras fueron el piano de mi infancia"; con esta bella frase recordaba Neruda la pobreza, la realidad de mayor garra en este mundo. En las vidas mínimas de la mayoría la posibilidad de caer en el infierno despertaba espanto, dada "la

## Marta Vergara LOS ADIOSES DEL CABALLERO AMALGAMADO

(e) Marta Vergara, 1966. Inscripción N.º 32806

**Amalgamar:** unir o mezclar —amalgamar dos sociedades— combinar el mercurio con otro u otros metales.

La palabra "mercurio" tiene más significados; los atributos en cuanto dios de dicho nombre no parecen honorables, pero quizás es un prejuicio. Siempre un dios puede santificarlo todo.

Y tal le contesta al marinero el conde Arnaldos: "Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va", el caballero amalgamado fue diciendo a quien iba con él su romance comercial.

Y de igual modo, previa cita al oído, se reúnen ahora los caballeros comunistas de la Tabla Redonda a programar el desaparecimiento del poderoso imperio que con tanto arte construyera su rival. Porque así va la retahíla de la historia y por el momento el cuento se ha acabado de cómo sucedieron las cosas, o solamente alguna, en un momento dado. Id est.

naturaleza e intensidad inexpresables" del sitio en cuestión, como angustia la de perder el premio a la miseria que le brindaría el paraíso, ya casi comprado con la falta del pan de cada día. "El estado de pobreza es en sí y por sí un estado de salvación; basta que los pobres permanezcan en él", dijo un predicador de la Compañía de Jesús hace 190 años.

Era la época gloriosa del sermón en que se escuchaban en el púlpito descripciones del foso encendido como algo visto con los ojos de la cara; pero hasta el susto concluye por gastarse y ya eran también muchos a quienes la visión tremebunda no alejaba del pecado. Meditaban sus posibilidades y caían en éste más y más a gusto. Ante tal fracaso la Iglesia acordó juiciosamente cerrar el establecimiento de tortura y describir en su lugar el infierno de los desposeídos en la tierra. "Arriba los pobres del mundo", después de ser canto de moros pasó a ser de cristianos.

Pero mientras se producían estas coincidencias había otros, no cantantes, cuya fe se basaba en cosas más concretas: por ejemplo balas, por ejemplo bombas. De tal manera la mano del hombre que creía asir el mundo, esa misma mano dominadora que había repartido miserias para los más y riquezas para los menos, esa misma mano podría volatizar a los menos y a los más y volver la esfera nuestra a su condición antigua de astro muerto.

Al correr del tiempo se perdería hasta la posibilidad de un sistema único de gobierno mundial que impidiera la destrucción de todos. La Internacional Comunista se partiría en dos; se viviría al filo de la detonación final.

"Después de mí el diluvio", oímos asegurar que fue frase dicha por el dueño de un país, y por derecho divino. ¿Qué tenía yo entonces que llorar si una vez desaparecida se perdía un bien que de todas maneras al morir habría ya perdido? ¿Pero es que es posible siquiera imaginar la insensibilidad ante aquello que nos cambia de un lado a otro el corazón? ¿A qué sitio va un sudamericano sin dinero sino a París?, escribió una vez Germán Arciniegas. Aquí estaba el terminal a que nos traía la esperanza, aquí venían los peregrinos de ese tiempo que fue el mío, como los de la Edad Media a Jerusalén, con su fardo de ansias al hombro, suspendido. Y como objeto de amor inalcanzable no nos había dado materialmente nada, salvo todo, porque sin ilusiones no vive la mujer ni el hombre.

Ni siquiera en la casa de los muertos. Al ponerse el sol, al mirar más allá de la línea tras la cual desaparece, cuenta Dostoievski que los condenados a grillos y prisión la vida entera, miraban con expresión extraña. Nadie en su soledad renunciaba al delirio de esperar.

La fuerza de los sueños lanzaba aquí su hongo. Si hasta el generalote nazi encargado de la destrucción de la ciudad antes de abandonarla no quiso ser de esos "¡los bárbaros Francia, los bárbaros, cara Lutecia!" Con el tiempo De Gaulle, otro general que también la amaba, se empeñó sin embargo en que el país fuera potencia atómica y con ello se agregó una nueva figura a la danza de la bomba.

Con su fabricación en los laboratorios franceses culminaban más de veinticinco años empecinados en enseñarles historia a los norteamericanos. Debían éstos entender que cuando Roland hacía sonar su cuerno en Roncevaux los indios pieles rojas estarían transmitiendo sus gritos de guerra en cualquier parte, que entonces todo era como Lejano Oeste; pero a los estadounidenses sólo les encantan los hechos del día y siempre que puedan transmitirlos en artículos, discursos o conversaciones y en cuanto a los del pasado para eso están los archivos y las bibliotecas en su país en tremenda profusión, destinadas todas a ahorrar conocimientos. Y si Francia era vieja, ¡allá ella!, que no es cosa para enorgullecerse. El futuro es de los jóvenes.

En suma, por falta e abundancia de años, por querer un

porvenir de tipo socialista o capitalista todos están en lo mismo: cumpliendo un fatal papel de conjurados. La detonación puede no ser hoy ni mañana, pero ya todo está listo para la final.

Extraordinarios son estos tiempos nuestros. La burguesía después de asegurarnos alegría y seguridad al comenzar el siglo nos ha brindado una vida que es la negación de sus promesas y ahora ya casi entrando en las décadas finales nos vuelve a esos años de la historia lejana, que ya recordamos; años en la víspera de una tan posible desaparición y no porque así lo indicaron sueños ni premoniciones ni porque se lo dijo el profeta Pedro al profeta Pablo. Lo sobrenatural consiste ahora en no morir. Si se llega a escribir la historia de este medio siglo después de la última gran guerra no podrá exhibirse como un signo suyo la lepra, la peste ni otra plaga. En la Edad Media el contraste entre la enfermedad y la salud era abismal. Sin embargo, somos nosotros los que estamos enfermos, profundamente enfermos en un mundo lleno de psiquiatras.

Contaba alguien que fue a la Unión Soviética no haber sentido nunca una impresión más extraña, más perturbadora, que esa de una tarde en una estación del subterráneo, colocado frente a la masa de hombres y mujeres que, concluido su trabajo, se retiraban a sus casas. Bajaban en enormes cantidades como autómatas, los alambres prendidos en sus ojos; se dirían piezas atornilladas a la inmensa escalera mecánica que los transportaba. Ninguno traía en su rostro un recuerdo ni una historia, ni palmoteaba a un camarada ni pretendía ganar tiempo adelantándose. Nadie conversaba gesticulando ni reía. El visitante occidental pensó en la invasión de los marcianos.

En los Estados Unidos habrían dado gritos, atropellando a hecho cualquier otra manifestación, pero habrían probado a su vez su inhumana condición subiéndose a una torre o asomándose allá arriba a la ventana de un edificio de numerosos pisos con un fusil en la mano para descargarlo sobre la multitud. ¡Con qué mala fe se toman las excepciones por el todo! podrá decir un defensor. Creemos sin embargo tener razón: el niño, el joven, son habitantes de la selva y los que saben aseguran que las experiencias y emociones en esos primeros años son las indelebiles, las determinantes en el ser humano.

Sí, señor; la burguesía nos hacía pagar su egoísmo dejándonos antes de irse en manos de alienados que nos ofrecían una repelente combinación de sus enfermedades.

Dejándonos, no. Yo también me iba. Yo, un producto suyo pero de los irremediablemente desgajados; uno de esos inofensivos que producía a montones su organización desparramada. En esta etapa en que volvía ella de la guerra con la más triste y victoriosa derrota entre las manos me empeñaba en recordar lo mejor de su cartilla: su esfuerzo impresionante por hacer respirar al pobre bicho humano aplastado bajo las catedrales góticas. Por otra parte éste su mejor y quizás único perfil heroico se limitó al beneficio de los ilustrados, porque los prácticos sociales convinieron en la hora del triunfo en aquello que todo es cuestión de un buen arreglo. Obtuvieron de la Iglesia que los sermones en el púlpito se adaptaran al evangelio de la clase vencedora y ésta, a su vez, le dejaría el pobre. Le entregó también las mujeres de sus filas para ejercer la caridad. Hoy la dama de las obras piadosas ya no sirve; la reemplaza la compañera democrática y cristiana, pero quizás suceda que ella también pase, pues su futuro es por demás incierto. Porque si entre Iglesia y burguesía no hubo pleitos por los pobres del mundo, no es nada probable que el Partido Comunista ceda los suyos. ¿Cómo va a hacerlo si él también es una Iglesia? ¿Qué necesidad tiene de otra para pastorearlos? Por primera vez después de Constantino, el Vaticano se encuentra ante el caso insólito que los del poder no se hayan limitado a cortar relaciones diplomáticas o a llevarse prisionero un cardenal, como le ocurrió al Papa en otros tiempos, sino a pelearle los fieles pieza a pieza.

Legado burgués era en mí el hábito de razonar, en el grado en que lo poseyera; con él me alejaba de la irrealdad en que iban cayendo los caminantes de la caravana. ¿Por ello debía estar agradecida? ¿O melancólicamente satisfecha de encontrarme en la soledad y el desajuste?

¿Es que un arrugado tiene hoy, por lo demás, posibilidades de ajustarse? Su vida se ha prolongado entrando en un tiempo que no debió ser suyo, los cambios son más bruscos y los viejos ya no están para brincos de ninguna clase. ¿Habrá alguno imaginado ver a la China del opio y del Celeste Imperio dueña de una bomba atómica en la era de un Hijo del Cielo Comunista? ¿Y a la Santa Madre condescendiendo hasta enseñar cómo se engendran los hijos en el vientre de la progenitora, tal como lo explicaba antes del viraje un pobre profesor de biología, uno de esos mártires oscuros que vimos arrojados de sus cátedras a petición de indignados padres de familias al descubrir que estos profesores les contaban a sus hijos todo cuanto ellos (los padres) habían hecho? Entre los castos teóricos y los pornográficos convirtieron el acto sexual en cochinería y de tal clase fue la mirada del varón puesta en el cuerpo de la hembra. En menor escala su acción fue semejante a la de ese malvado personaje de Point Counter Point de Huxley que después de seducir a una inexperta le muestra con aire ingenuo tarjetas postales "mucho indecorosas", como dijera un vendedor. Todo cuanto ella había aceptado creyéndose gajes del amor, estaba ahí emporcado, como del mero oficio.

Cierto es que hoy a los caballeros les cuesta ser malvados porque las víctimas se han vuelto duras y calculadoras. Aprendieron la necesidad de mutilarse en la más dura escuela de la vida.

¿Qué amargo sabor, como de arsénico, el de este tiempo nuestro! Si hasta los ciegos aúllan su protesta. Los cantos a los ríos, a la niña que se murió de amor, al soldado que se fue a

(PASA AL FRENTE)



dente y que careciendo aquí totalmente de amigos, estaba ahora en una peculiar posición y soledad. En su patria nativa, nunca había podido revelar su propia personalidad ni darse a conocer como ella misma. La sombra de su grande y poderoso padre se había cruzado constantemente en su ruta y había interferido de tiempo en tiempo todos sus esfuerzos para ser una persona con derechos propios y llevar una vida normal. Frecuentemente había sido considerada, según ella misma lo expresa, como una parte de la propiedad estatal".

#### SENTIDO DE LA COOPERACION

El Embajador Kennan ofreció su inmediata ayuda, pero expresando al mismo tiempo el criterio con que esta última debía ser dispensada, a lo cual asintieron las autoridades de Washington.

Ese criterio debía tender, según sus propias palabras, "a ayudarla a expresar su propia personalidad, su propia identidad; darle oportunidad de llevar una vida normal, normalmente dedicada a las preocupaciones intelectuales que le interesan". "No podríamos", agregó, "hacer frente a esta responsabilidad, si fuéramos a tratarla como un desertor en el sentido que la

guerra fría ha dado a esta palabra; ni tampoco, si la dejáramos entregada a gente que, por interés comercial, podría dedicarse a explotar su nombre y sus experiencias. Me parece evidente que nuestra primera obligación consiste en ayudarla a entrar a una nueva vida, lo que debe ser realizado por personas privadas, no por el gobierno, ni por grupos interesados en comercializar su futuro".

#### PREPARATIVOS DE VIAJE

Junto con aceptar el encargo, el Embajador Kennan se ofreció para viajar a Suiza, previa autorización del Gobierno de ese país y de la propia Svetlana, para conferenciar con ella. Una vez aceptada esta condición, se dedicó a pensar en un abogado de nota que pudiera asistir a Svetlana como consejero legal y que se encargara de todo lo concerniente al libro, de acuerdo con el criterio ya establecido. Pensó en su vecino de Princeton, el abogado Edward Samuel Greenbaum, socio de la prominente firma Greenbaum, Wolff y Ernst.

El señor Greenbaum llegó el 21 de marzo a Princeton y alrededor de las 6 de la tarde recibió un llamado de la señora Kennan, para que fuera a ver a su esposo, que estaba en cama. La entrevista ur-

gia; el Embajador Kennan se proponía partir a Suiza al día siguiente. Pero se encontró con que el señor Greenbaum no estaba muy dispuesto a realizar las gestiones. Se hallaba en vísperas de su 77º cumpleaños; acababa de terminar el litigio relativo al libro de Manchester "La Muerte de un Presidente"; venía llegando de la costa oeste. El señor Greenbaum prefería enviar a Suiza a uno de los abogados de su firma, el señor Alan U. Schwarz; y a esto se opuso la esposa del señor Greenbaum, quien lo forzó a aceptar. Así partió a Suiza el Embajador Kennan el 22 de marzo; y a su requerimiento telegráfico, partieron los señores Greenbaum y Schwartz el 25 del mismo mes.

#### LA IMPRESION PERSONAL

En su encuentro con Svetlana, tuvo el Embajador Kennan una impresión muy favorable desde el primer momento. Exigió que un funcionario suizo estuviera presente en todas sus conversaciones. Insistió también en que él sólo ofrecía sugerencias y que era Svetlana quien debía decidir, de acuerdo con planes que debían ser previamente aprobados por ella. Nada debía quedar al margen de su propia elección. Pero tal elección aún no ter-

minaba de plasmarse. Svetlana se debatía en medio de una crisis espiritual muy profunda. Para apreciarla, hay que recordar que en Nueva York declaró: "He venido aquí en busca de un medio de expresarme a mí misma, que me ha sido negado por largo tiempo en Rusia". Y luego agregó: "La muerte de mi esposo hizo subir a la superficie de mi alma todos los sentimientos reprimidos durante tanto tiempo. Y me hizo sentir que es imposible continuar en silencio y tolerando por más tiempo".

Cerrado el camino de Moscú, de acuerdo con sus propias inspiraciones, había buscado el de la India, donde los parientes de su marido la habían hecho desistir de tal propósito. La acogida que el espíritu democrático de Estados Unidos le demostraba, para ayudarla a vivir su propia vida, vino a resolver su problema de conciencia.

#### SIGNIFICACION DE LOS HECHOS

Ya hemos descrito cómo regresaron a Nueva York todos los pro-

tagonistas de esta odisea. El significado de ella ha sido precisado por el Embajador Kennan en los siguientes términos: "Es necesario aceptar a esta persona como un ser humano en sí mismo, y no como si el aceptarla fuera una extensión de su paternidad; es necesario concederle todas las oportunidades que se les han otorgado en anteriores periodos de nuestra historia a millones de otros seres que han sido desplazados de sus países nativos por imposición o mala suerte.

"Svetlana Alliluyeva no es en primer término una personalidad política. Es ante todo una persona que se interesa en asuntos literarios y humanos".

De este modo, en el exodo de la hija de Stalin a América, el espíritu democrático, a través de los funcionarios y personas que han debido intervenir en ello, ha venido a expresarse con profundo respeto por la persona humana, que busca el medio de expresarse por sí misma, libremente, y que ha sufrido la desgracia de no poder hacerlo dentro de las fronteras de su propia patria.

#### (DEL FRENTE)

no hay —si queremos poner las cosas en claro— bibliotecas, ni cafés, ni salas de conferencia menos aún de concierto, una que otra salita de exposición de artes plásticas, donde no hay —preste atención— librerías. No estoy diciendo que estos privilegios se den en gran medida en el interior de la república del humo y

del neón de la que soy perpetuo ciudadano, pero hay aquí mayor posibilidad de encontrarlos. Lo nuestro es el ágora, la vasta plaza del Foro donde las transacciones comerciales, los curiosos y los ociosos se mezclan con la política, la corrientes de opinión, la vida pública, la vida intelectual. Esta es la gran antena que primero recoge las noticias y, no me extrañaría, ese impondera-

ble fluido llamado "cultura" que minuto a minuto se está elaborando en otros centros del planeta similares a éste y de los cuales dependemos. Esto que he encerrado dentro de ciertos límites es el cerebro, el centro nervioso, los órganos sensoriales del territorio y no —como se dice erróneamente— su corazón; el corazón del mundo está —se lo concedo— en el lugar en que cada uno tiene su domicilio; para usted estará, necesariamente, en la amplia perspectiva de Apoquindo con Canal San Carlos, zona hermosa pero neutra que, como lo expresa muy bien su término —residencial— es, al igual que todos sus similares, un lugar donde se reside pero no donde se vive, salvo una existencia vicaria, una pura existencia vicaria.

Resumiendo, estimado amigo, la inspiración creadora y especuladora, el contacto con el mundo moderno, no nacen hoy, como usted lo afirma, de los ambientes asépticos, de los amables jardines donde suaves damas hilan charlas banales con el té y las tostadas; nacen de la semilla misma del cemento, allí donde el ruido mancha el silencio y los metales se fatigan; nacen de lo peor de Londres, París, Nueva York, Buenos Aires; nacen entre los límites que forman la plaza de Armas, la plaza de la Constitución, la plaza Baquedano y la Alameda.

¿Cómo? ¿Dice usted que exagero, que mixtifico? Pues bien, le prohibo que durante un año completo cruce los límites de este territorio. Al cabo de ese tiempo me permitirá hacerle ciertas preguntas...

## UNA FARSA PROPAGANDISTICA



BERTRAND RUSSELL

Los comunistas están de fiesta con el drama de la guerra del Vietnam. Se la proporciona la propaganda que pueden llevar a cabo con esa gran farsa que ha montado en Estocolmo el Tribunal de Bertrand Russell.

A nuestra mesa de redacción nos están llegando informaciones periodísticas desde diversas partes del mundo —que recién estamos traduciendo y ordenando— y que muestran la reacción desfavorable que ha provocado esa iniciativa entre las personas que sinceramente anhelan detener la guerra del Vietnam y evitar que se amplíe en forma peligrosa para la paz mundial. Esperamos publicarla en nuestra próxima edición.

En la de la semana pasada publicamos una larga lista de sólo algunos de los ofrecimientos de paz que ha hecho Washington, los cuales se han hecho a pesar de que podrían ser estimados humillantes para una potencia del poder bélico de los Estados Unidos. Hanoi los ha rechazado todos, in-

cluso los propuestos por países neutrales, por el Papa y por el señor U Thant, Secretario General de la NU. La soberbia de Hanoi se basa en la posibilidad de desmoralizar a la larga al pueblo norteamericano y de desprestigiar la causa del Vietnam del Sur mediante recursos propagandísticos como los del Tribunal Russell.

El análisis de la farsa de este organismo, sobre el cual ya habíamos dado anteriormente algunos antecedentes, contribuirá también al debate que hemos abierto en PEC sobre la guerra del Vietnam.

## NOTAS Y NOTABILIDADES por ENRIQUE ESPINOZA

### INDEPENDENCIA POLITICA E INDEPENDENCIA ESPIRITUAL



JOVELLANOS

Capdevila dice: "El léxico es el mismo en el himno y en el canto: acá y allá tronos, esplendor, cervices, tiranos, fama, yugo, incendio, muerte, saña; acá y allá los mismos heroicos imperativos; acá y allá unas mismas vehementes interrogaciones".

Pero acá y allá el poeta cordobés no repara en la calidad, sino en la cantidad de los versos. Veámoslos, no todos, solamente algunos. Porque Capdevila cita dos docenas del canto de los astures contra cuatro del himno nacional para demostrar su aserto, no tan evidente para los argentinos, porque hace más de medio siglo que por decreto del P. E. no se canta ya íntegra esa composición patriótica.

Me atenderé a "la noble igualdad" que invoca el Himno para copiar ocho y ocho versos. Los del canto de don Melchor Gaspar de Jovellanos dicen:

En Asturias Pelayo alzó el trono  
que Idelfonso afirmó vencedor.  
La victoria ensanchó sus confines;  
la victoria su fama extendió.

Y vosotros de Lena y Miranda  
¿no los visteis huir con terror?  
¿Y no visteis que en Grado y Doriga  
su vil sangre los campos regó?

Los del Himno de don Vicente López y Planes los emula del modo siguiente:

¿No los veis sobre México y Quito  
ensañarse con furia tenaz,  
y cual lloran bañados en sangre  
Potosí, Cochabamba y La Paz?  
¿No los veis sobre el triste Caracas,  
luto y llantos y muerte esparcir?  
¿No los veis devorando cual fieras  
todo pueblo que logran rendir?

"Transcribiríamos todo el canto y no haríamos sino verificar, verso por verso, la identidad de inspiración de ambas poesías", asegura Capdevila. Pero no es obligatorio creerle al pie de la letra. Otro polígrafo argentino, Emilio Becher, amigo de Rubén Darío y Leopoldo Lugones, refiriéndose a los poetas de la Independencia, expuso, a mi juicio, una verdad más evidente.

"Aquella generación, tan atrevida en la obra militar, dio los escritores más tímidos y los retóricos más medrosos. Su inteligencia se nutrió exclusivamente de erudición escolar y de recuerdos clásicos".

Con todo, pueden señalarse también algunas diferencias, no sólo geográficas, entre los versos del bardo americano y los del español. Por lo menos —pienso— de grado y de intención.



# APROXIMACIONES GEOGRAFICAS

(Transcripción fiel de CARLOS MORAND)

No era poco lo que usted, querido amigo, me pidió esa vez: un mapa espiritual de Chile. Pero a pesar de la dificultad que entrañaba la tarea, no eludí el intento de satisfacer sus deseos. De ahí el envío de un mapa espiritual que poseía la doble virtud de ser exacto y estar trazado en apenas un par de líneas. Y ahora me sale usted con que he cometido una torpe mixtificación. ¿Que si estoy molesto? Sinceramente: no. Luego de darle muchas vueltas en la cabeza al asunto, he ubicado la zona precisa en que se halla la causa de su irritación. Si revisamos lo establecido en mi mapa espiritual, reside usted lisa y llanamente en el extranjero, pues ha quedado fuera de los límites que yo señalo como la verdadera república del espíritu. ¿Qué? ¿Dice que no me entiende? Entonces no podemos seguir si antes no me responde una pregunta: ¿dónde dice usted que reside? Eso es: en Apokindo con Canal San Carlos. Barrio alto. Hermosa vista de cordillera, ¿verdad? ¡Y cuánto sol por la mañana y qué aire y qué tranquilidad en los días de fiesta! Realmente envidiable...

Estimado amigo: transemos en un punto respecto a sus objeciones: confirmar el valor de mi esbozo de un

mapa (llamémoslo así) espiritual de Chile me resulta tan difícil como a usted rechazarlo con buenas pruebas. Por lo tanto insisto en lo afirmado en nuestra conversación anterior. ¿Conforme? Como veo, usted parece concordar conmigo en que no podemos permanecer indefinidamente en el mismo sitio: un paso, aunque sea en falso, es de todas maneras un paso. ¿Me preguntó aquella vez cuál era mi opinión? ¿Me lo pregunta ahora una vez más? Entonces reitero: Chile limita al este con la plaza Baquedano, al oeste con la plaza de la Constitución, al norte con la plaza de Armas y al sur con la Alameda Bernardo O'Higgins. En un "más allá" a la redonda están los barrios, los suburbios, las aldeas, las provincias, es decir, el silencio: un silencio hermoso, fértil, sórdido, habitado, metálico, deshabitado, marino, arenoso, triste, pétreo, húmedo, fluvial, lo que usted quiera, pero algo que no pasa de ser eso: silencio.

(DE LA VUELTA)

más exactamente a Babi Iar "lugar terrible donde los S. S. fusilaron a millones de judíos inocentes". La lectura en público de este poema nos la relata como sigue: "Generalmente recito mis poemas de memoria; pero me hallaba muy turbado, muy enervado y puse ante mis ojos las cuartillas. Cuando terminé de leer, un silencio de muerte reinó en la sala. Seguí mirando mis papeles; temía levantar los ojos y me sentía por completo perdido. Al fin miré ante mí: la sala entera estaba de pie, y, pasado un minuto de silencio, se escuchó largamente una catarata de aplausos. (...) Las lágrimas brotarán de mis ojos". Siendo éste un largo poema transcribimos sólo los versos finales:

Esa sangre que impulsan mis arterias  
no es sangre judía; aunque me odia  
como a un hebreo cada antisemita.  
Y me siento orgulloso y soy por esto  
y para siempre un verdadero ruso.

Finalmente ¿qué podemos decir del arte mismo de Yevtushenko? Poquísimo. Todo lo que conocemos son traducciones de traducciones de sus poemas. Ninguna hecha por grandes poetas. Entendemos que esta misma autobiografía no ha sido escrita en francés por el autor, aunque la dio a publicar antes en París que en Moscú. Sin embargo, de las distintas versiones de sus poemas fluyen algunas caracte-

rísticas: sinceridad, modo directo de la forma y pasión; a veces pasión e impulsividad, otras, pasión e intimidad; y como todo poeta, indefinibles tristezas. Ahora, si la juventud lo ha seguido por millares, sin duda su estilo, en ruso, debe poseer alguna riqueza magnética que no se nos alcanza (en todo caso, podríamos jurar que su poema "Madre Cubana" es en su lengua tan mediocre como aparece en la nuestra; no creemos que haya idioma capaz de salvar estos dos versos: "Felices madres norteamericanas: ¿Podéis vosotras ver a esta madre cubana?") A nuestra vez admiramos en él la valentía para decir las cosas que en este libro se leen, ya que no perdemos de vista la circunstancia de que ser valiente en Rusia equivale a ser temerario en otros países. Y si con posterioridad nos ha parecido ver renuncios en este ardiente poeta, tengamos en cuenta: primero, cuáles han sido esos renuncios en verdad, no lo sabemos, puesto que se dan por la prensa; segundo, cuando se vive en la inseguridad personal el sujeto mantiene reservas defensivas en resguardo de su propia lucha.

Y bien, como sea, hasta el momento, cabe aplicarle con justicia a este bardo el principio de que *todo gran artista es un rebelde*.

(1) "Autobiografía Precoz", por Yevgueni Yevtushenko, Ed. Era, México.

¿Le irrito nuevamente? Si usted me lo exige, me detengo. ¿No? ¡Ah, ya caigo: lo que usted me pide son argumentos, pruebas, cosas palpables, mensurables, demostraciones que satisfagan su nariz y las papilas de su lengua! Pues bien: ¡no!, porque usted me pide lo que no puedo ni quiero dar. Si las afirmaciones pudiesen ser probadas objetivamente y con la exactitud que usted exige para calmar su sed de estadísticas, créame que yo sería el primero en no lanzarlas. Parodiando a Chesterton, entrar en el mundo de las pruebas es entrar en el mundo de las limitaciones. Y lo que yo pretendo es, precisamente, lo contrario: crear abismos de dudas, plus ultras de interrogantes, tierras sin fin de equívocos. Y para ello no titubeo en servirme de la paradoja: establezco límites, marco fronteras nada menos que echando mano a objetos bien concretos y reconocibles: unas cuantas plazas públicas y una porción de avenida.

En lo que a mí respecta, he logrado colocarme dentro de esos límites. Digo "he logrado" porque en esto de vivir en alguna parte se hace forzoso escoger entre los dos únicos términos de una alternativa: o la paz sin vida o la agitación sin muerte; o el aire diáfano en el silencio de las cosas deshabitadas o la ceniza negra, la tensión y la fatiga de los metales y la epilepsia del neón que, paradójicamente, constituyen señales de aventura creadora, de quehacer del espíritu.

¿Alega usted que estoy en plena tarea de exaltar la civilización urbana, de hacer apología de la máquina productora de neurosis? De acuerdo: así como soy un producto y un habitante de la civilización urbana en su expresión más perfecta, y también un neurótico, no me queda otro camino que declararme defensor de ambas cosas. Pero antes de proseguir, entendámonos en un punto: uso el término "neurosis" como sinónimo de "dualidad contradictoria", pues resultó, mi buen señor, que odio este lugar en que habito y vivo; lo odio, sin embargo... ¡un momento, vamos por partes!: los límites de Chile encierran un conglomerado de altos edificios; en uno de ellos ocupo un departamento; no creo que usted alcance a imaginarse lo desesperante que es esto de vivir entre cuatro paredes sa-

biendo que hay gente por todas partes: a los pies de uno, enfrente, a cada lado, a la espalda, sobre la cabeza...! sí, como me oye: sobre su mismísima cabeza. ¿Nunca ha sentido que le están pisando el cráneo? Y si lo piensa bien, usted está haciendo lo mismo con el pobre que vive abajo. Y todo el día la rueda, sí, el tránsito de motores, los vidrios de la ventana que vibran el día entero como locos y no solamente los vidrios, sino también las paredes, los cuadros, las puertas y los muebles que comienzan a moverse y a cambiar de sitio y cada mañana es necesario volverlos a su lugar. Parodiando a Rilke, diría que éste es mundo colmado de ruido hasta los bordes. Y ya que estamos en eso, ¿sabe de qué modo he definido el ruido? Un trozo de silencio manchado. Podría seguir indefinidamente con el tema; no sabe cuánto me interesa; tengo una lista en la que he ido clasificando las distintas calidades de manchas según quién o qué las produce, etcétera. Pero pasemos a otra cosa. Le contaré una anécdota privada. Mi familia, que es muy numerosa, reside como usted en el extranjero, exactamente en Hernando de Aguirre entre Hortensias y Claveles (absurdo, ¿verdad?, me refiero a todos esos nombres); a veces emprendo el largo y fatigoso viaje de ir a visitarlos, pero compenso las molestias con el espectáculo de verlos tan quietos y rosados. Me emocionan. Creo que somos quince hermanos (no me pida cifras) aparte de mis padres y no faltan los abuelos y una que otra tía que ya no soy capaz de identificar. Voy a esto: una noche nos hallábamos en pleno ritual de la comida que, como todo en esa casa, se resuelve bajo un hermético silencio, cuando de pronto alguien dejó caer una cuchara sobre un plato. ¿Sabe?, sonó simplemente como suena un objeto de metal cuando choca contra un objeto de loza; un sonido que no tiene nada de extraño; sin embargo oí una voz que preguntaba suavemente: "¿Qué te sucede?". No hice caso al llamado hasta que lo repitieron: "¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara? ¡Responde! ¿Quién, yo?", pregunté entonces cuando vi que todos me miraban. "¡Sí, tú!" —me respondieron con brusquedad. Y alguien me puso un espejo delante...; no, no fue en verdad un espejo: me

estaba mirando en la hoja de un cuchillo. Pues, mi estimado señor, ahí estaba yo, con todo un lado de la cara contraído; un costado de la boca desnudaba los dientes y el párpado caía sobre el ojo en un guiño atroz. Quise echarlo a la broma y traté de reír, pero a causa de la mueca la risa debió salir de tal manera que todos me aconsejaron con palmas que era mejor que permaneciese serio. Etcétera. Entonces alguien, una de mis hermanas o alguna de esas tías cuyo nombre ya no recuerdo (imagínese usted todo eso, en medio de un silencio de terciopelo) me preguntó si siempre me sucedía lo mismo. ¿Y qué cree usted?: no supe qué responder. Tal vez en mi país me estaba ocurriendo a cada momento y yo simplemente no lo sabía. Volví a mirarme en el espejo del cuchillo...

Lo que siguió al incidente no interesa. Retornemos al punto de partida.

Concuerdo con usted en que nuestras auroras son sucias y nuestra naturaleza, inorgánica; y que a ciertas horas este país da la impresión de aquel aire que queda después de ser sacudida una vieja alfombra; y que si aquí llegara a sobrevenir un silencio total, la primera fracción de segundo sonaría como un cañonazo. Sí, señor: odio este lugar en que habito y vivo, pero resulta que no podría residir en otra parte mientras sea yo quien —por el hecho de existir— deba siempre elegir el pequeño espacio que me corresponde ocupar. Regáleme usted con unos días de naturaleza, soledad y silencio, ¡pero no me condene a naturaleza, soledad y silencio perpetuo!

Usted reside en el extranjero, es un autodesterrado, no creo que sea capaz de comprenderme; aunque según me informa sufre también del vicio terrible de observar la cultura y el pensamiento en su proceso de constante desarrollo, se empeña en realzar el mérito de la existencia bucólica y la apacible parroquia. Pero a eso yo le contesto: de ahí nada sale; ahí todavía se vive en dependencia; usted está recibiendo las ondas que irradia ese centro que somos nosotros.

No deduzca, por favor, de mis palabras que soy un sedentario consumado, que desconozco el mundo situado más allá de nuestros muros. A veces los trasciendo y salgo a hacer turismo peripatético. Viajo hacia el norte, hacia el sur, hacia el oeste; a veces escojo el este, me interno en la quietud de los barrios erigidos al pie de la cordillera, donde no existe el ruido ni basuras sobre el pavimento, pero donde

(PASA AL FRENTE)





YEVTUSHENKO

# YEVTUSHENKO por M. C. G.

tes", "ídolo de las señoritas poco exigentes" etc.

1957 fue año importante para Yevtushenko. Conoció personalmente a Pasternak y luego a un pintor y a un escultor, Vasiliev y Neizvestny, a quienes reconoce una deuda: haberle descubierto el mundo de las artes plásticas en Occidente. "Hallé dos modernistas atraídos por el arte abstracto que eran dos buenos comunistas". Este mundo continuó ejerciendo atracción sobre él y al salir al extranjero tuvo ocasión de conocer a Picasso, Ernst, Miró y Moore.

Su conocimiento de Pasternak tuvo otra trascendencia. Desde luego Yevtushenko lo ha venerado siempre. En dicho año le pidieron acompañar a un profesor italiano en su visita a Pasternak que vivía en su casa de campo permanentemente. Al llegar vio en el fondo del jardín "a un hombre esbelto de cabellos blancos", de aspecto mucho más joven que el correspondiente a su edad. "Me escrutó con su mirar penetrante y azorado, y agregó sin soltar mi mano: Usted es Yevtushenko... Así lo imaginaba... Delgado, alto y con aire tímido, aunque no lo sea verdaderamente... Lo conozco desde hace mucho...". Todo escritor joven sabe la repercusión que las palabras acogedoras de una personalidad admirada desde siempre tienen en su vida literaria. Luego de aludir a su fortaleza para "jugar el papel que eligió", Yevtushenko añade: "Boris Pasternak actuaba ante los hombres no como un ser humano sino como un perfume, una luz, un susurro". Se propone escribir un día en detalle sus cuatro encuentros con Pasternak. Nos interesará enormemente leerlo, ya que en su opinión la persona del poeta fue deformada por Occidente tanto como por los soviéticos "a quienes no perdonaré jamás (...) haber querido borrar de los anales de nuestra literatura el nombre de Pasternak". Yevtushenko escribe esta oposición a los escritores de su país, después del mundial jaleo con el Premio Nobel dado al ruso.

Glosemos ahora sus recuerdos sobre Stalin. Desde luego, el terrible relato de las masas humanas que a su muerte se derramaron hacia la Casa de los Soviets, donde estaba el cuerpo esperando, aún muerto, la adoración de su pueblo, es el pasaje más fuerte y dramático del libro. La repugnancia del poeta es violenta. Y esta violencia lo sacudió. Veamos.

Yevtushenko vivió una niñez y una adolescencia en la admiración y el culto cerrados a Stalin. La respiraba como el aire del que vivía. Con todo, ya joven, comenzó a roerle la duda. Pero manifestarla hu-

biese sido algo así como negar el sol. Por lo demás, se encargaba él mismo de ahogarla, saturado por aquel culto que se le había inculcado desde que tuvo conciencia. Sin embargo, a medida que se hacía hombre había ido comprendiendo algunas cosas. Por ejemplo, cuando tenía cinco años, su abuelo entró a su cuarto, se sentó al borde de la cama y le ofreció una caja de chocolates con licor. El relato sigue así: "Después de darme los chocolates, mi abuelo sacó una botellita de vodka... y me dijo: —Quiero beber esta noche contigo. El vodka es para mí; los chocolates con licor para ti". Cuando el niño pregunta por qué van a beber, el abuelo responde lenta y gravemente: "Por la Revolución", y "Ahora, duerme" ordenó. Apagó la luz... Mi abuelo comenzó a cantar dulcemente... No volví a ver a mi abuelo. Mamá me dijo que había partido lejos. ¿Y cómo habría podido saber que, esa misma noche, lo detuvieron por alta traición?".

Su otro abuelo también fue aprehendido por espía letón. Pero la indecisión seguía en su espíritu, el dios aún ejercía la majestad atribuida en la infancia y exaltada por la guerra. Sacarse de la mente una imagen así debe ser tan fuerte como cesar de creer en la divinidad. Como todos, pues, se dirigió a "verlo", se unió a la masa que iba a reverenciar al "ídolo difunto". Seguían llegando oleadas de gente y con ello "se transformó de golpe en un terrible torrente humano". El relato de una niñita aplastada contra un poste es macabro y trasmite la angustia. La gente avanzaba y empezó a estrellarse contra los camiones de la policía, los cuales no eran quitados de allí pese a la masacre porque el oficial "no tenía órdenes". Al decirlo, el pobre lloraba viendo triturarse a aquella masa humana contra sus camiones. Saltemos los detalles. La alta estatura del poeta logró imponerse y con otros jóvenes formaron vallas para detener el torrente. Esta escena termina cuando su madre le pregunta si "vio" a Stalin y el joven responde, lacónico: "Sí, lo he visto", y escribe: "Ese día vi efectivamente a Stalin. El caos sangriento de su entierro, eso era él". Tres años más tarde, en el XX Congreso del Partido Comunista "se reveló la verdad sobre los crímenes de Stalin", hecho que confirmó en Yevtushenko "la convicción de que nuestro pueblo tenía el derecho de conocer la verdad". Pero "Los jóvenes comenzaron a dudar, no sólo del valor de Stalin, sino de todo nuestro pasado". Y allí como en cualquier parte, se inició la lucha de las generaciones. Los viejos usufructuadores

del régimen staliniano, que no querían perder "los sobres azules" —sobres que contenían altas sumas de sobresueldo— acusaban a la juventud de despreciar la tradición. Yevtushenko acepta que una parte de ella cayó en el cinismo, "ciertos jóvenes se lanzaron sobre los suéteres de colores, los zapatos a la moda y los discos de jazz (...); sin embargo, la mayor parte ignoraba la existencia de Picasso y de Hemingway" (advirtamos que Yevtushenko es gran admirador de este último). Pero a continuación defiende a esa juventud de su país a cuya mayoría "la experiencia perturbadora de su adolescencia ha templado para toda la vida".

Antes de abandonar sus recuerdos de Stalin hay que decir que según Yevtushenko el famoso líder, captando la inmensa popularidad de Lenin, falsificó la historia e impuso

en la conciencia del pueblo la imagen de una estrecha relación entre su propio nombre y el de Lenin, relación "totalmente inventada". El poeta define el pensamiento de Lenin así: "El comunismo debe estar al servicio de los hombres" y el de Stalin: "Todos los hombres deben estar al servicio del comunismo".

El autor relata las vicisitudes de su célebre poema "Babi Iar". El problema del antisemitismo lo atormentaba —seguramente con ese asombro sin límites que produce en quienes sin llevar sangre judía penetran toda la monstruosidad de este sentimiento— y su deseo de consagrarle un poema se hizo realidad después de un viaje a Kiev (el poeta pasaba por una crisis respecto del valor de su obra y luchando con su angustia se lanzó a recorrer la Rusia) (PASA A LA VUELTA)

## BABI IAR

YEVGUENI YEVTUSHENKO

En Babi Iar no hay un monumento,  
hay el árido túmulo como una tosca lápida. Tengo miedo,  
Tengo hoy tantos años  
cuantos tiene el mismo pueblo hebreo.  
Hoy me parece ser hebreo.  
Heme aquí que vago por el antiguo Egipto  
y muero crucificado  
y llevo todavía los estigmas.  
Me parece ser Dreyfus.  
Filisteo es aquel que me traiciona y juzga,  
Estoy tras de las rejas.  
Acorralado.  
Acosado, vilipendiado, calumniado.  
Las damitas con encaje de Bruselas  
gritando me clavan en la cara la punta de su sombrilla.  
Me parece ser un muchacho de Belostok.  
La sangre corre ensuciándose la ropa.  
Los borrachos prepotentes de la hostería  
hieden a vodka y a cebolla  
y yo, impotente, arrojado al suelo por una bota,  
suplico inútilmente a los del pogrom:  
Gritando "mata un judío y salva a Rusia"  
un tendero golpea a mi madre.  
Oh, mi pueblo ruso. Yo sé que tú  
eres naturalmente internacionalista.  
Pero a menudo, gentes con manos sucias  
se han enmascarado tras tu nombre purísimo.  
Yo sé cuán buena es la tierra mía.  
Y cuán viles han sido los antisemitas  
cuando engreídos, desvergonzadamente,  
se han dado el nombre de unión del pueblo ruso.  
Me parece ser Anna Frank  
transparente como un ramito de abril.  
Y yo amo.  
Y no necesito palabras.  
Necesito que nos miremos cara a cara.  
Como puede verse y olerse poco.  
No se nos han concedido ni las hojas ni el cielo.  
Pero se nos ha concedido mucho, concedido  
abrazarnos tiernamente  
en una pieza oscura.  
¿Alguien viene?  
No temas, son los rumores  
de la primavera que está por llegar.  
¿Hunden la puerta?  
No, es el crujido de los hielos del río.  
En Babi Iar se siente el rumor de las hierbas salvajes.  
Los árboles contemplan amenazadores, como jueces.  
Todo es un grito silencioso, y yo, la cabeza descubierta,  
siento que mis cabellos se vuelven blancos lentamente.  
Yo mismo parezco un grito silencioso  
sobre muchos millares de sepultos.  
Soy cada viejo,  
cada niño fusilado aquí.  
Nada en mí podrá olvidar todo esto.  
Que suene la Internacional  
cuando sea enterrado para siempre  
el último antisemita de la tierra.  
En mi sangre no hay sangre hebrea  
pero me odian con odio feroz  
todos los antisemitas, como si fuera hebreo.  
Y es por esto que soy un ruso verdadero.